

- GUAL. Pensemos ahora en mi hermano, Margarita.
- MARG. He mandado hacer pesquisas y se tienen sospechas...
- GUAL. ¿De quién?
- MARG. De un capitán extranjero ¡que llegó hace pocos días, y que mañana se presentará por primera vez en la corte.
- GUAL. ¿Su nombre?
- MARG. Creo Buridán.
- GUAL. Y habéis dado la orden de su arresto, ¿es cierto?
- MARG. No, porque acabo de saberlo hace muy poco.
- GUAL. ¡La orden! ¡La orden, por favor! ¡Nadie con mayor derecho puede prender al matador de mi hermano.
- MARG. ¿Le prenderás tu?
- GUAL. Ni que estuviera en oración a los pies de un crucifijo.
- MARG. (Firma una orden.) Aquí está, pues, la orden.
- GUAL. ¡Gracias, mi reina! ¡Gracias, Margarita! (Vase corriendo.)
- MARG. ¡Ah Buridán! ¡Soy yo ahora, quien tiene tu vida entre mis manos!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



## ACTO QUINTO

Un subterráneo del Chatelet de París. Puerta en segundo término derecha. Lámpara suspendida en el techo ilumina siniestramente la escena.

### ESCENA PRIMERA

BURIDÁN, atado al suelo sobre un montón de paja

- BUR. Uno de los hombres que aquí me han conducido me ha estrechado la mano. Pero ¿qué podrá hacer en mi favor? Y eso suponiendo que no haya sido ilusión mía. ¿Proporcionarme agua algo más fresca, pan menos duro y negro, o un sacerdote a la hora de mi muerte? Conté los doscientos cincuenta escalones y las doce puertas antes de dejarme en este subterráneo... Vamos, Buridán: llegó la hora de que dediques unos momentos siquiera al examen de tu conciencia. Tienes con el diablo cuentas algo atrasadas, y no muy claras, por cierto. He sido un insensato; yo que conozco la fragilidad de los enamorados, y el poder que en ellos tiene el acento apasionado de la mujer amada, ir a confiar todas mis esperanzas a un inexperto joven, que no tiene otra voluntad que la de su amada. ¡Ah Margarita!... ¡Cómo debes gozarte en tu triunfo y reírte de mi candidez! Sin embargo, no he perdido aún del todo la esperanza. Una pequeña estrella guía a veces al caminante en medio de la noche oscura. Ella no me dejará morir sin verme de nuevo, aunque no sea para otra cosa que para gozarse insultándome en los mismos umbrales de la muerte. Alguien baja, ¿será ella tal vez?

ESCENA II

BURIDÁN y LANDRY

- LAND. Capitán, ¿dónde estáis?  
BUR. Aquí.  
LAND. Soy yo.  
BUR. ¿Y quién eres tú? Yo nada veo.  
LAND. ¿Es que hay que ver a los amigos para reconocerlos?  
BUR. Esta es la voz de Landry.  
LAND. ¡Gracias a Dios!  
BUR. ¿Puedes salvarme?  
LAND. Imposible.  
BUR. Entonces, ¿qué demonios quieres?  
LAND. Anunciaros que soy desde anoche guardia del Chatelet.  
BUR. Tú acumulas empleos. ¿Guardia del Chatelet y asesino por la noche, en la torre de Nestle? Margarita de Borgoña no dejará de darte que hacer en uno y otro.  
LAND. Así, así.  
BUR. ¿Y nada puedes hacer por mí? ¿Ni aun hacerme llegar un confesor?  
LAND. Lo que puedo es oír vuestra confesión, y repetirla luego a un confesor palabra por palabra, y si alguna penitencia hubiera que cumplir, a fe de soldado que por vos la cumpliré.  
BUR. Imbécil. ¿No puedes darme tampoco nada con qué escribir?  
LAND. Tampoco.  
BUR. Pero podrás registrarme este bolsillo y sacar de él una bolsa repleta de monedas de oro.  
LAND. Eso sí puedo.  
BUR. Pues tómalas.  
LAND. Ya está. (Se la toma.)  
BUR. ¿Cuántas libras ganas al año?  
LAND. Seis libras.  
BUR. Cuenta lo que hay en esta bolsa mientras reflexiono. (Pausa.) ¿Has contado?  
LAND. ¿Habéis reflexionado?  
BUR. Sí. ¿Cuánto hay?  
LAND. Tres marcos de oro.

- BUR. Ciento setenta y cinco libras tornesas. Oyeme. Necesitarías pasar veinte y ocho años en tu empleo para reunir esta suma. Júrame por tu salvación eterna hacer lo que voy a encargarte, y esta suma es tuya. Es cuanto poseo; si más tuviera, más te daría.  
LAND. ¿Qué hay que hacer, capitán?  
BUR. Una cosa bien sencilla. Tu puedes salir del Chatelet y no volver a aparecer por él, si se te antoja.  
LAND. No deseo otra cosa.  
BUR. Irás a hospedarte en casa de Pedro Bourgues el tabernero que vive detrás de los Inocentes, que es donde yo me hospedaba. Pides el aposento del capitán y te darán el mío. Todo ello no me parece muy difícil.  
LAND. Oye: una vez en el cuarto, te encerrarás dentro y contarás las losas del suelo, partiendo del lado de un crucifijo que hay en la pared. En la que hace veinte verás una pequeña cruz grabada; levanta la losa con la punta del puñal, y debajo de una pequeña capa de arena hallarás una cajita de hierro cuya llave está en esta bolsa. Puedes abrirla si quieres, para cerciorarte de que no es oro, sino papeles, lo que contiene. Oyeme bien: si mañana, a la hora de la entrada del rey en París, no me ves a tu lado sano y salvo, lo pondrás todo en manos de Su Majestad, y así vengarás mi muerte. Eso es todo. Mi conciencia quedará tranquila y a ti te lo deberé.  
LAND. Y yo, ¿no me expongo a ningún riesgo?  
BUR. Ni uno.  
LAND. Contad, entonces, conmigo.  
BUR. ¿Me lo juras por la salvación de tu alma?  
LAND. Por lo que del Paraíso pueda alcanzarme.  
BUR. De ese modo, adiós, Landry; procura ser hombre de bien caso que puedas.  
LAND. Haré por ello cuanto pueda, aunque no me parece cosa fácil. (Vase.)

ESCENA III

BURIDÁN solo

BUR. Vengan ahora el verdugo y la cuerda, que mi venganza se colocará al pie del cadalso. ¡Venganza!... dulce y sublime palabra cuando la pronuncian unos labios llenos aun de vida. Palabra hueca y vana cuando se pronuncia sobre una tumba, en la que, por alto que suene, no despierta el cadáver que en ella descansa.

ESCENA IV

BURIDÁN, MARGARITA y ORSINI

(Margarita aparece por una puerta oculta y con una lámpara en la mano.)

MARG. ¿Puedo acercarme a él sin temor? (A Orsini.)  
 ORSINI. Sí, señora.  
 MARG. Bien. Aguárdame y acude al primer grito. (Vase Orsini.)  
 BUR. ¡Luz!... Alguien viene. ¿Quién va?...  
 MARG. Soy yo. No aguardabas, a buen seguro, volver a ver a persona alguna antes de morir.  
 BUR. Lo esperaba, aunque no tal vez tan pronto. ¡Ah Margarita! Tú te habrás dicho: quiero gozarme en mi triufo antes que muera; que sepa que soy yo la causa. Tú, la mujer indomable y vengativa... te esperaba.  
 MARG. Pero sin esperanza, ¿no es eso? Porque de sobra me conoces, y comprendes que después de haberte temido, de haberme humillado, no hay ruegos que enternezcan mi corazón. ¡Ah! Todas mis medidas están bien tomadas, Buridán! Tan sólo tú olvidaste que el sentimiento del amor amordaza en el corazón del enamorado todos los demás sentimientos y afecciones, y que nada representan para él el honor ni la palabra empeñada. ¿Y fuiste a confiar la única prueba que poseías en manos de un hombre ena-

morado de Margarita? Mirala, aquí la tienes. Contempla la hoja arrancada a tu libro de memorias. «Muerdo asesinado por Margarita de Borgoña...» ¡Je, je, je!... Quiero destruir el último destello de tu esperanza. (Lo quemaa la luz de la lámpara.) ¿Soy ya libre, Buridán? ¿Puedo hacer cuanto me plazca? ¿Y qué harás de mí?

BURI. Has sido arrestado como asesino de Felipe d'Aulnay. ¿Qué se hace con los asesinos?

MARG. ¿Y qué tribunal es el que me juzgará?

BURI. ¿Tribunal?... ¡Tu estás loco! ¿Crees que se juzga a los hombres que guardan secretos como el tuyo? Hay venenos que rompen el vaso que los contiene, y tú eres como uno de ellos. Cuando se prende a un hombre como tú, se le ata de pies y manos y se le mete, como a ti, en el más obscuro de los calabozos. Uno como éste. Para no perder por entero su alma como su cuerpo, a eso de media noche penetran en el calabozo un sacerdote y un verdugo. Empieza el sacerdote... en el calabozo hay una argolla parecida a ésta (La señala.), y los muros son tan gruesos que ahogan los lamentos, apagan los gemidos y absorben la agonía... Sale el sacerdote primero, y luego el verdugo, y al día siguiente el carcelero sale del calabozo anunciando que el reo, a quien, imprudentemente, se le habían dejado sueltas las manos, se había dado muerte él mismo, lo cual prueba su culpabilidad.

BURI. Veo que seguimos hablando con la misma franqueza, Margarita; yo te dije mis proyectos; tú me cuentas los tuyos.

MARG. Te burlas, o, mejor dicho, quieres burlarte; tu orgullo se resiste a mi victoria. Quieres hacerme creer que te resta aún algún medio para atormentarme; pero no, no: no me engaña tu sonrisa; es la risa de los que procuran engañar y engañarse a sí mismos. No puedes ya escapar por esta

vez. ¡Imposible! Estás bien atado; los muros son bien sólidos y seguras sus puertas. No, no puedes escapar. Yo me marcho. Adiós, Buridán. ¿Tienes algo que decirme?

BURI.

Una sola cosa.

MARG.

Habla.

BURI.

Voy a contarte un recuerdo de mi juventud. En mil doscientos noventa y tres, hará de eso unos veinte años, la Borgoña se consideraba dichosa, pues tenía por duque a su muy amado Roberto II... No me interrumpas, y concede sólo dos minutos de atención al que le abrirán, en breve, las puertas de la eternidad. El duque Roberto tenía una hija joven y bella; un cuerpo de ángel que escondía un alma de demonio. La llamaban Margarita de Borgoña... Déjame acabar. Tenía el duque Roberto, entre sus servidores, a cierto paje, joven también y bastante agraciado; alma candida y confiada, de rubios cabellos y tez sonrosada. Se llamaba Leoncio de Bornonville... Parece que escuchas con alguna atención. El paje y la joven se amaron. Quien les hubiera visto en aquella época seguramente no les reconocería hoy, y si les reconociera, con seguridad no se reconocerían los dos.

MARG.

¿Dónde pretendes ir a parar?

BUR.

Vas a verlo. ¡Oh! es una historia sumamente interesante. El paje y la joven se amaron en silencio y a escondidas de todo el mundo. Por las noches, una escala de seda servía para que el paje llegara a los brazos de su amada, y los amantes, cada noche, al despedirse, se citaban para el siguiente. Un día, la joven Margarita, hinchados de lágrimas los ojos, confesó a su amante que iba a ser madre.

MARG.

¡Dios mío!

BUR.

Margarita, ayúdame a cambiar de posición, pues ésta me fatiga. (Margarita lo hace.) Gra-

MARG.

cias... ¿Dónde estábamos de mi relación? Cuando la hija del duque anunció que iba a ser madre.

BUR.

Ah, sí; ya recuerdo. Ocho días más tarde el secreto ya no lo era para su propio padre, y el duque anunció a su hija que a la mañana siguiente sería encerrada en un convento por lo que le restaba de vida. Por la noche se reunieron también los dos amantes. ¡Noche triste, por cierto! Leoncio amaba a Margarita, al igual que Gualtero te ama también. Noche de gemidos e imprecaciones. ¡Oh! Bien prometía la joven Margarita ser lo que ha sido después andando el tiempo.

MARG.

¿Y luego?... ¿luego?

BUR.

(Cambiando el tono) Estas cuerdas parecen penetrar en mis carnes. (Margarita corta las cuerdas que sujetan los brazos de Buridán.) Ella tenía un puñal como éste que conservas en tus manos, y le decía: «Leoncio, Leoncio, si mi padre dejara de existir esta noche yo no entraría en el convento; nadie ya nos separaría y viviríamos sólo para nuestro amor. Yo no sé cómo, el puñal pasó de las manos de Margarita a las de Leoncio; un brazo le guió, en medio de las tinieblas, hasta la alcoba misma donde dormía el duque, y se hallaron uno de otro frente a frente. Las nobles facciones del anciano no se han borrado jamás de la memoria de su asesino, pues el infame le hundió el puñal en el corazón. Margarita, la joven Margarita, no fué al convento, y fué luego reina de Navarra y más tarde de Francia. Al día siguiente Leoncio recibía, por mediación de un tal Orsini, una carta de Margarita, en la que le suplicaba que desapareciera para siempre, pues añadía que después del crimen cometido ya nada de común podía haber entre los dos.

MARG.

¡Imprudente!...

- BUR. Es verdad, imprudente, ¿no es eso? Una carta de su propia letra y con su firma, en la que probaba, con todos los detalles, el crimen y su complicidad, fué una ligereza imperdonable. ¡A buen seguro que hoy la reina Margarita se habría portado de modo muy distinto.
- MARG. Y bien, Leoncio de Bournonville desapareció, y no es fácil que vuelva a presentarse. La carta, la perdió o la rasgó, y no existe prueba alguna. ¿Qué punto hay pues en que pueda referirse esta historia a Margarita, reina de Francia.
- BUR. Leoncio de Bournonville existe, y tu no lo ignoras: yo he notado una contracción de tu semblante al reconocerle.
- MARG. ¿Y la carta?... ¿la carta?...
- BUR. Será entregada mañana al rey en persona a su entrada en París.
- MARG. Tu dices eso con el único objeto de asustarme; si hubieras tenido tal prueba, si te hubieras podido servir de ella, no habrías esperado tanto tiempo. Es un medio del cual te habrías valido en seguida.
- BUR. Tu me proporcionaste otro, y me lo reservé para emplearlo como último recurso. Creo que estuve acertado.
- MARG. ¿Esa carta?...
- BUR. Repito que mañana será entregada al rey. Ha poco me decías lo que se hace con los asesinos; oye, Margarita: ¿es que ignoras lo que se hace con las parricidas y las adúlteras? Se les rapa el cabello con tijeras ardiendo, se les abre el pecho para arrancarles el corazón, se le arroja al fuego, aventando sus cenizas, y durante tres días se lleva su cadáver arrastrando por las calles.
- MARG. ¡Perdón! ¡perdón!
- BUR. Vamos, préstame el último servicio, Margarita: desata estas cuerdas. (Lo hace. Buridán se levanta.) ¡Ah! ¡Qué hermosa es la libertad!... Venga el verdugo en buenhora.

- He ahí las cuerdas. Pero ¿qué tienes? Mañana una voz gritará: «Buridán, el asesino de Felipe d'Aulnay, se ha dado muerte en su propio calabozo.» Y le contestará otra voz desde el Louvre: «Margarita de Borgoña ha sido condenada a la pena de las parricidas y las adúlteras.»
- MARG. ¡Perdón, Buridán!
- BUR. Yo no soy Buridán; soy Leoncio de Bournonville, el amante de Margarita, el asesino del duque Roberto.
- MARG. ¡Oh! ¡Calla! ¡No grites así!
- BUR. ¿Y qué temes? Estos muros apagan las voces, extinguen los gemidos y la agonía.
- MARG. ¿Qué quieres?... ¿Qué deseas?...
- BUR. Tú entrarás mañana a la derecha del rey, en París; quiero yo entrar a su izquierda. Iremos a recibirle juntos.
- MARG. Está bien, iremos. ¿Pero, y la carta que le será entregada?
- BUR. Cuando se la presenten seré yo quien la tome, siendo, como seré, primer ministro. Marigny no ha muerto aún.
- MARG. Ayer, en la taberna de Orsini, prometiste que a las diez sería ejecutado.
- BUR. Tengo aún una hora, tiempo suficiente para dar la orden.
- MARG. Atiende ahora lo último que tengo que decirte. ¿Qué suerte ha cabido a los hijos de Leoncio de Bournonville y de Margarita?
- BUR. Se los confió a un servidor.
- MARG. ¿A quién? ¡Su nombre!
- BUR. No recuerdo.
- MARG. Haz un esfuerzo y lo recordarás.
- BUR. Creo que fué a Orsini.
- MARG. ¡Orsini! ¡Orsini! (Llamando.)
- BUR. ¿Qué haces?
- MARG. ¿No está aquí?
- BUR. No. (Aparece Orsini.)
- MARG. Acércate. Mañana seré yo primer ministro.
- BUR. ¿No das crédito a mis palabras? Decídselo vos, señora, para que no dude de ello.

MARG. Es verdad.  
BUR. Mi primer acto, al subir al poder, será mandar al tormento a cierto Orsini que vivió en la corte del duque Roberto II.

ORSI. ¿Por qué razón, monseñor?  
BUR. Para que confiese del modo que cumplió las órdenes que le fueron dadas por su soberana Margarita de Borgoña acerca de dos niños recién nacidos.

ORSI. ¡Oh! ¡Perdón, monseñor, perdón! Yo no me atravi a quitarles la vida, tal como se me había mandado.

MARG. ¡Ah! Yo no di esa orden tan cruel.  
BUR. Cal'a, Margarita.  
ORSI. ¡Perdón si dejé de hacerlo! ¡Eran las dos criaturas tan tiernas... tan hermosas!... No me atreví.

BUR. ¿Qué hiciste de ellos, desgraciado?  
ORSI. Encargué a uno de los servidores a mis órdenes que los dejara como expósitos, y dije que les había dado muerte.

BUR. ¡Su nombre!  
ORSI. ¡Landry, que continúa a mi servicio, pero perdonadnos!

BUR. Está bien, Orsini: es ésta una acción que te honra. Es éste un sentimiento que te justifica de tus maldades cometidas. Hay en tu pecho aún un vestigio, un resto de corazón. Abrázame, Orsini, abrázame. Yo te daré tanto oro como puedan pesar estos dos niños. ¡Hijos, hijos míos! ¡Hasta las fieras quieren a sus hijos, señora!

ORSI. ¿Qué debo hacer, señor?  
BUR. Toma esta lámpara y alumbrá. Tomad vos mi brazo, señora.

MARG. ¿Dónde vamos?  
BUR. Al encuentro del rey Luis X, vuestro esposo, que entra mañana en París.

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



## ACTO SEXTO

Una sala en el Louvre. Puerta al foro y otras dos en primer y segundo términos a derecha e izquierda.

### ESCENA PRIMERA

SAVOISY y PIERREFONDS

SAV. ¿No vais a recibir al rey, sir Pierrefonds?  
PIERRE. Le he visto, pero sin llegar a él, pues no he querido mezclarme entre el populacho y he retrocedido a fin de aguardarle aquí.

VOCES. (Fuera) ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!  
SAV. ¿Oís los gritos? No me sorprenden.  
PIERRE. Vuestra sorpresa hubiera sido si, como yo, hubierais visto quien lleva el rey a su izquierda.

SAV. Quien puede ser más que Gualtero, el capitán de guardias de la reina.  
PIERRE. Os engañáis. No se le ha visto en parte alguna. A la izquierda del rey cabalgaba ese capitán italiano que fué ayer precisamente arrestado en la puerta del Louvre por el capitán Gualtero.

SAV. ¿Cómo es posible?  
PIERRE. Os convenceréis por vuestros propios ojos.  
SAV. ¿Y qué decís a todo eso?  
PIERRE. Que vivimos en tiempos bien extraños. Ayer, arrestado el capitán, y hoy, tal vez primer ministro. Parece como si Dios abandonara los destinos de Francia concediéndoselos al diablo.

VOCES. (Fuera.) ¡Viva! ¡Viva el rey!  
PIERRE. Oid al pueblo cómo vitorea al rey, sin importarle quién sea el primer ministro.

ESCENA II

Dichos; MARGARITA y BURIDAN.

BUR. Acordaos de nuestro convenio: desde hoy, sólo los dos gobernaremos en Francia.  
MARG. Desde hoy ocuparás conmigo un puesto en el Consejo.

ESCENA III

Dichos; GUALTERO por una puerta y LANDRY por otra

BUR. ¡Landry!...  
GUAL. ¿Buridán aquí? (A Margarita.)  
MARG. (Bajo.) Silencio. (Alto.) Gualtero, venid a besar la mano a nuestro rey. (Bajo.) Calla, yo te amo y te amaré siempre. Retírate. (Vase Margarita.)  
LAND. ¡Voy, capitán!  
BUR. Ya ves. ¿Y la caja?  
LAND. ¿Y el resto de lo ofrecido?  
BUR. Ven esta noche a la posada.  
LAND. Allí os entregaré la caja.  
BUR. Mucho he de preguntarte.  
LAND. Acerca de todo os contestaré. (Vase. Vase también Buridán.)

ESCENA IV

SAVOISY, PIERREFONDS, GUALTERO y nobles

SAV. ¿Pero dormimos o estamos despiertos, señores? Yo no me separo de aquí. Alguien cuidará de despertarme si duermo o me pondrán a la puerta de la calle, pero quiero saber cómo acaba todo eso.  
PIERRE. Tal vez Gualtero nos sacará de la incertidumbre. ¿Qué nos dices a todo lo que sucede?  
GUAL. Dejadme, señores, os lo suplico; yo no sé nada, absolutamente nada.  
SAV. Se abre la puerta. (Aparece el oficial con un pliego.)  
OFICIAL. ¿Sir Pierrefonds?  
PIERRE. Soy yo.  
OFICIAL. Tomad. Orden del rey. (Vase.)  
PIERRE. Orden de trasladar a Marigny de Vicennes a Mont-Faucon!...

SAV. La primera sentencia que ha firmado el rey a su llegada. La cosa promete; os doy la enhorabuena por la comisión.  
PIERRE. Hubiera preferido otra, a decir verdad. Pero debo cumplirla sea la que sea. Adiós, señores. (Vase foro.)  
SAV. Por lo menos ya sabemos a qué atenernos respecto a este punto. Que el primer ministro será ahorcado. Ya el rey ha prometido al pueblo hacer algo en su favor.  
OFICIAL. (Aparece de nuevo.) ¿El señor conde de Savoisy?  
SAV. Aquí estoy. ¿Qué se ofrece?  
OFICIAL. Un despacho del rey. (Se lo da y vase.)  
SAV. ¡El rey me nombra capitán de guardias!... No sabía que hubiera una plaza vacante. Esto va haciéndose cada vez más incomprendible. En fin, señores: el rey es un gran rey, y su primer ministro un grande hombre. (Vase.)  
OFICIAL. ¿Gualtero d'Aulnay? (Con otro pliego.)  
GUAL. ¿Qué se ofrece?  
OFICIAL. Tomad, un real despacho. Podéis retiraros, señores; el rey no recibirá después del Consejo. (Vase. Vanse todos menos Gualtero.)  
GUAL. (Leyendo el despacho.) «Despacho real concediendo al caballero Gualtero d'Aulnay la comandancia del condado de Champagna.» ¡A mí la comandancia de una provincia! ¡Orden de abandonar mañana a París y marchar a Troyes!... ¡Dejar yo París!... ¡Y esto es lo que se me ha prometido! Sólo hallo decepciones a mi alrededor. Cuando la felicidad se halla al alcance de mi mano, se evapora como un fantasma.

ESCENA V

GUALTERO y MARGARITA

MARG. ¡Gualtero!...  
GUAL. ¿Vos al fin, señora?  
MARG. ¡Silencio!  
GUAL. Demasiado he callado ya, y es preciso que

hable aunque tenga que costarme cada palabra un año de mi vida. Os estáis burlando de mí, señora, que de tal modo me hacéis una promesa como me faltáis a ella. No soy otra cosa que vuestro juguete, un niño con el cual pensáis divertirlos. Ayer me jurabais que nada del mundo nos separaría, y hoy día... me mandáis a una provincia lejana, separándome de vuestro lado. ¿Recibiste la orden del rey?

MARG.

GUAL. Vedla. (La rompe.)

MARG. Moderaos.

GUAL. ¿Y podéis aprobarla?

MARG. Me he visto obligada a ello.

GUAL. ¿Y quién puede obligar a una reina?

MARG. Un demonio que tiene poder para tanto.

GUAL. ¿Quién es? ¡Hablad!

MARG. Obedecedme, y tal vez mañana pueda descubrirlos el enigma.

GUAL. ¿Y debo retirarme tan sólo con tan débil esperanza?

MARG. No partirás, pero ahora vete, es preciso.

GUAL. Volveré, necesito una explicación de este secreto.

MARG. Sí, sí, vuelve, pero márchate ahora; es preciso; alguien se acerca.

GUAL. Adiós, no olvides tu promesa. (Vase.)

MARG. Ya era tiempo.

### ESCENA VI

MARGARITA Y BURIDAN

BUR. Perdóname si vengo a interrumpir tu despedida.

MARG. Te engañas.

BUR. ¿No es Gualtero quien se aleja de aquí?

MARG. Sí, era él, pero creíste mal al figurarte que le despedía.

BUR. ¿Y eso?

MARG. Porque Gualtero no partirá.

BUR. El rey lo ordena.

MARG. Y yo me opongo.

BUR. Margarita: ¿olvidaste nuestro convenio?

MARG. Prometí hacerte ministro; he cumplido mi palabra. Tú me prometiste, en cambio, que conservarías a Gualtero a mi lado, y pretendes faltar a tu palabra.

BUR. Hemos dicho: la Francia para los dos, y no para los tres. Este joven no puede conocer nuestros secretos, esto es imposible, como imposible es que el poder sea para los tres. Así debe ser.

MARG. ¿Olvidaste que estás en mi poder?

BUR. Tenía a Buridán preso, pero no a Leoncio de Bournonville primer ministro.

MARG. ¿Por qué razón?

BUR. Porque ahora no puedes perderme sin perderte a la vez.

MARG. ¿Y crees que me hubiera detenido?

BUR. Ayer no, pero hoy sí. Ayer poco tenías que perder, y en cambio confiabas ganar mucho. Hoy, que tienes vida, honores y riquezas, no te expondrás a perderlos junto con la vida. Estamos los dos en la cima de una cumbre resbaladiza y escarpada; será mejor que nos sostengamos mutuamente antes que amenazarnos.

MARG. ¿Tanto quieres a ese joven?

BUR. Más que a mi vida.

MARG. ¡Amor en el corazón de Margarita!... Yo creía que se podía exprimir y retorcer sin que de él brotara un sentimiento humano. Margarita, te creí un demonio, cuando en realidad no eres otra cosa que un ángel extraviado.

MARG. Si no es amor, inventa un nombre, el que quieras, para designar mi flaqueza; pero que no se vaya, te lo suplico.

BUR. (Serían dos contra mí, y es demasiado.)

MARG. ¿Qué dices?

BUR. (O les pierdo o estoy perdido yo.) ¿Que no parta Gualtero?

MARG. Sí, es lo único que te ruego.

BUR. ¿Y si yo tuviera celos de él?

MARG. ¿Tú celos?  
BUR. Sí, el recuerdo de nuestros pasados amores me hacen intolerable la idea de que te ame otro hombre. ¿Y si lo que tu has creído ambición, odio o deseo de venganza no fuera otra cosa que la llama de amor mal extinguido y que se reproduce con toda su fuerza? ¿Si yo te lo sacrificara todo, todo, a cambio de mis antiguos derechos, de una de aquellas noches que el paje Leoncio se deslizaba a tu lado? ¿Si yo te dijese que el afán por elevarme al poder no reconocía otro objeto que acercarme a ti? ¿Si yo pusiera en tus manos los medios en que fundo mis esperanzas de ambiciones, para probarte que en ti sólo fundo mis sueños de gloria, consentirías en separarte de él? ¿Hablas sinceramente o te burlas?  
MARG. Haz que yo pueda verte esta noche, y te entregaré las cartas. No es una entrevista para dirigirte cargos ni amenazas, sino para recordar lo mucho que te amé. Me entregaré a tus manos, me despojo de todo, podrás perderme mañana si quieres.  
BUR. Tú sales cuando quieres.  
MARG. ¿Dónde puedo verte?  
BUR. En la torre de Nestle.  
MARG. ¿Irás?  
BUR. ¿Acaso no fui cuando no sabía lo que en ella me aguardaba?  
MARG. (El mismo se me entrega.) Oye, Buridán: ¡será tal vez en mí una extraña flaqueza; pero me recuerdas tantos momentos de felicidad!.. ¡Tu voz despierta en mi corazón tan dulces recuerdos que creí ya muertos para siempre!  
BUR. ¡Margarita!...  
MARG. ¡Leoncio!...  
BUR. ¿Partirá Gualtero mañana?  
MARG. Esta noche te lo diré. Aquí tienes la llave

de la torre. Ahora debemos separarnos, adiós. (¡Ah Buridán, no escaparás esta vez de mis manos! (Vase.)  
BUR. Esta es la llave de tu sepulcro, Margarita; pero queda tranquila, no te encerraré sola en él. (Vase.)

### ESCENA VII

MARGARITA aparece y llama a una puerta lateral, por la cual aparece MARGARITA y ORSINI

MARG. ¡Orsini! ¡Orsini!...  
ORSINI. ¿Qué se ofrece, reina y señora?  
MARG. Esta noche irás a la torre de Nestle con cuatro hombres armados.  
ORSINI. ¿Tenéis algo más que decirme?  
MARG. Nada por ahora. Allí te daré mis órdenes. (Vase Orsini. Margarita mira en derredor recelosamente.) Nadie; mejor. (Vase.)

### ESCENA VIII

BURIDAN y luego SAVOISY

BUR. (Yendo a otra lateral que Marg.) ¡Conde de Savoisy!  
SAV. ¡Heme aquí, monseñor!  
BUR. El rey se ha enterado, con gran sentimiento, de los asesinatos que se venían cometiendo en París desde hace algún tiempo, y como se cree que los criminales tienen sus reuniones nocturnas en la torre de Nestle, esta misma noche, a las nueve y media, os dirigiréis allí con una guardia de diez hombres, poniendo presas a cuantas personas se hallaren en aquel sitio, sean quienes fueren y el rango a que pertenezcan. Esta es la orden.  
SAV. Poco tardé en entrar en funciones de mi nuevo cargo.  
BUR. Y que por cierto será esta comisión la más importante que quizá desempeñaréis en vuestra vida.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO